

La excavación del silencio

Thierry Metz despliega en las prosas de «Diario de un peón» una poética de «lo inagotable» anclada en el trabajo manual

Eugenio Fuentes

Una empresa de trabajo temporal ha colocado al peón en una obra. Al final las obras serán dos, aunque la empresa no lo sabe y el obrero todavía no puede afirmarlo con certeza. Hay que transformar una fábrica de zapatos en un bloque de viviendas de lujo. Ocho horas diarias, salario mínimo. Cinco meses después la obra habrá acabado y el peón, antaño jornalero o auxilliar de marife, guardará la herramienta en la caseta y seguirá camino. Pero se llevará en el morral un precioso destilado. Si se gana el sustento como nómada es porque sólo se detiene a ahondar en su propio oficio. El de poeta. Y ese tiempo empuñando pico y pala ha sido también de recogida de simiente. La que florece en las páginas de este «Diario de un peón», espléndido volumen de poesía en prosa que treinta años después se traduce al castellano.

Thierry Metz (1956-1997) fue un hombre de destino trágico y escritora enjuta, tan cristalina como hermética, que en una vida de cuarenta años y una posteridad de veintiséis se ha labrado fama de pluma mayor aunque escondida. Nació en París, hijo de un repartidor del popular mercado de Les Halles, y pese a ser lector compulsivo nunca acabó el bachillerato. Sumaría así la etiqueta de autodidacta a la de autor proletario que propiciaron sus humildes ganapanes. Pegatinas, chucherías. Con apenas veinte años se instaló en un pueblecito del sudoeste francés, a orillas del Garona, y en 1988 vio premiado su primer libro. El mismo día que un coche mataba ante su casa y ojos al menor de sus tres hijos. Un niño de ocho años. Jamás se recuperó: depresión, alcoholismo y, al fin, suicidio.

«Diario de un peón» (1990) fue su tercera obra. Un poema en prosa que despliega meditaciones e iluminaciones sobre tajo, compañeros, familia, urbe, sociedad. Un fértil abanico que, al cabo, resulta pantalla para proyectar, de modo diáfano, el método de trabajo, los anhelos y los símbolos que alimentan una poética



Diario de un peón

Thierry Metz

Traducción de Vanesa García Cazoria
Periférica, 128 páginas, 15 euros

donde conviven iniciación, filosofía, política, sensualidad, extrañeza. El lector encontrará, pues, una veta «proletaria» de alusiones a la agotadora esterilidad de excavar, preparar mortero, llenar carretillas y encofrados, montar andamios, aguantar al capataz. También quejas, sonos sordos de revuelta, lanzos al dinero («botón de oro que vacía la colmena» y «la consume»), acusaciones a «un dios que, haciéndonos señas desde la puerta, corta las alas que nos transportan», nos vuelve «ángeles terrenales».

Es la espuma. Las corrientes profundas del mar de Metz buscan puertos que guardan «lo que ocurre detrás del hombre, donde todo está por hacer». Porque, intuye, «un hombre nos muestra algo (...)». Una lumbré. Una hoja. Hay algo. No sabemos qué. Pero lo que sea está ahí, en lo que dice. En el sueño que toma por su voz. Un pájaro avistado». Los pájaros, más que el ángel, son los símbolos más queridos del poeta para dibujar «un arcoiris alrededor de la sed». El arco que le obliga a «dejar la corteza para caminar dentro del árbol».

Metz sabe que, como los campos, el tajo esconde semillas, «palabras soleadas» que iluminarán sus búsquedas. E intuye cómo descubrir las. Hay mucha tierra que cavar para reforzar cimientos y abrir garajes. Muchos andamios que montar para izarse a lo más alto. Así que mientras cava, mirando, escuchando, tocando, callando mucho, también excava el silencio. Para encontrar gestos con alma, acciones, objetos, personas, expectativas que, en un instante sin memoria, brinden una palabra arraigada en lo «inagotable». Porque «el instante sólo tiene nuestros gestos para revelar lo inagotable», aquello que, como los pájaros, no suele dejar «huella».

Su proceso, de lenta maduración, va de la tierra al cielo, como un *cascayu* o rayuela cuya estación intermedia fuese el tajo. Va del fuego laboral, convocado por una mano que a veces aflora vetas de agua, al aire surcado por el pájaro, a ese cielo henchido de una luz que el agua tornasola en arcoiris. La ascensión, también revelada en el campo por árboles y aves, genera un «vértigo», un abismarse en el «centro» que «tal vez» tengan las palabras. Es entonces cuando los vocablos germinan, y traslucen «lo inagotable» donde arraigan. Se convierten en símbolo y empiezan a dar cuerpo, ahora sí puede afirmarlo con certeza, al libro que será eco del silencio. A la segunda obra del peón.



Thierry Metz. *

Cultura.

El desorden

En los cuentos de «Teoría del tacto»
Fernanda García Lao formaliza
el tormento de un pensamiento caótico

Ricardo Baixeras

Que Fernanda García Lao (Mendoza, Argentina, 1964) teje y desteje el cuerpo es innegable, como es innegable que sus novelas «Nación Vacuna» (2020) y «Sulfuro» (2022) y que su poemario «Carnívora» (2022) son libros en carne viva que afilan el estilete con el que atraviesa una escritura dotada de una fuerza oracular sorprendente, capaz de sentenciar que «leer y escribir para no sentir el cuerpo es una forma de suicidio» o preguntarse cómo «será vivir sin conciencia del tiempo». Y todo ello es algo que puede decirse. Pero si hay una pregunta relevante para la literatura actual, esa ya no es qué personajes pululan por qué tramas o qué tramas dan cuenta de qué personajes, sino más bien qué tipo de formas de vida cabe imaginar aquí y ahora, qué géneros dinamitar y qué voces silenciadas incorporar. Y en el caso de García Lao la vida imaginada es un mapa híbrido en que se anudan transgresión, locura, familia, maternidad, erotismo, sexo, culpa, redención, enfermedad, violencia y muerte con una cadencia aforística más que notable.

Los cuentos agrupados bajo el título de «Teoría del tacto» se inician fulgurantemente («Ver es cálculo. El sonido, sugestión. Las palabras están crudas. Si las pruebo, ¿me enveneno?»), como queriendo mostrar que el cuerpo sigue estando en el centro de una poética que escarba en la montaña del dolor ajeno como si fuera propio y en la disolución de unas identidades que se unen entre sí en el anonimato. De ahí que muchos de los personajes de estos relatos sean seres innominados, habitantes de un espacio sin nombre que luchan por existir a pesar de un pasado que atormenta y que hierde: «El pasado es un aparato que daña cuando se queda quieto. La repetición no desactiva el duelo». El peso que soportan en este libro no se adscribe a ningún género, porque aquí la voz que habla tiene la cadencia, a veces, de un poema («Hay un viento lluvioso que perdura en cada lengua»), a veces, de una mínima narración dominada por un desvanecimiento que hierde («Desde que soy solo, la carne me acompaña distinto, y quien dice carne dice palabra»), y si levantamos la vista, también juega un papel importante, en la estructura global del libro, un teatro de la crueldad donde el destino de un cuento obtiene su caja de resonancia tres relatos más allá. Aquel momento de «Seré una persona sin historia, me digo. Me voy a inventar enteramente. Yo me fundo y me gobierno» se actualiza en este «Cómo se sale de la vida, dónde está la sabiduría que no aprendí».

Asumir el cuerpo, el tacto y la piel de los otros, sean lo masculino o lo femenino, y mostrar la paradoja que supone nombrar algo para convertirlo en una herida la mayoría de las veces o en una pura contradicción («Practicó la contradicción como método de resistencia») está en el centro de gravedad de estos relatos que formalizan el tormento de un pensamiento desordenado y que en el último y espléndido relato «Mis dos hemisferios» se torna súbitamente autobiográfico sin paliativos, como si lo que no tenía nombre o apenas tenía nombre, como si aquello que no tenía un lugar o apenas tenía un lugar, ahora tuviera el nombre y el lugar, mostrando de este modo el foco paternal del que sale la escritura y los desplazamientos como el poder disolvente y desmantelador de las identidades fuertes.



Teoría del tacto

Fernanda García Lao

Candaya, 128 páginas
16 euros